

bles y curiosas. Por los argentinos supimos que había sido enviada en el «Frithiof» una expedición sueca en nuestro auxilio, etc., etc. No nos hizo menos impresión poder de nuevo saborear con el café pastas blandas y frescas, que constituían para nosotros un refinamiento inaudito.

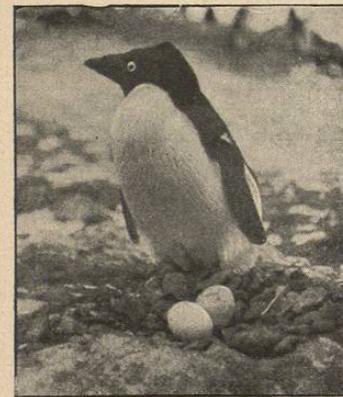
Ya bien tarde nos fuimos á descansar; cediéronme la litera de Sobral, que era bastante mejor que los «dormitorios» que habíamos improvisado en el bote durante la última semana de travesía.

Muy temprano á la mañana siguiente, 9 de noviembre, empezó el transporte de los objetos de la estación de invierno al buque argentino. Se cargaron los trineos de los perros, que marchaban por el hielo tan deprisa que casi no podíamos seguirlos. Iban nueve perros entre los dos trineos. Causaba admiración ver de qué modo arrastraban los pobres animales cargas tan pesadas. El doctor Andersson y yo fuimos con el primer bote á bordo, donde, tanto el capitán Irizar como todos sus oficiales, me hicieron el más cordial recibimiento. No hubo necesidad de presentación alguna, pues el capitán Irizar dijo en seguida que yo era Larsen y me abrazó. Resultaban verdaderamente gratas para nosotros las distinciones de que fuimos objeto por parte de aquellos dignos representantes de una nación extranjera.

Emprendimos un viaje de índole bien distinta á los recientes, cuando al día siguiente pusimos rumbo de vuelta á la isla de Paulet. Como ya ha sido descrito por el doctor Nordenskjöld, no tengo necesidad de referirlo.

CAPITULO XXX (*)

¡Norte querido, yo te saludo!



LEGÓ la primavera. El sol anima y calienta inusitadamente, y la nieve, al disolverse en los altozanos, afluye en corrientes á la llanura, donde los pájaros bobos cacarean y rebullen apiñados. De entre aquella numerosa colonia escápase un chirrido que nunca para,

dominado de vez en cuando por los desagradables graznidos de alguna pelea. Salimos de nuestra vivienda y pasamos fuera los días enteros, satisfechos y alegres. El tiempo triste ha pasado, y la primavera, que era nuestra esperanza, ha llegado ya. Dejemos transcurrir un poco más, seguramente veremos elevarse alguna vela allá lejos en el horizonte, y entonces...

De todas maneras tendremos que esperar un par de meses, pues estamos todavía á principios de noviembre y nada aguardamos hasta Navidad ó Año Nuevo. ¿Pero

(*) Escrito por C. Skottsberg.

eso qué importa? Hay abundancia de focas y los pájaros bobos no se concluyen nunca. Además, pronto llegará el tiempo de los huevos. ¡Ya hemos hablado de ellos tantas veces!

Nos hallamos en la mañana del 6 de noviembre. Oigo un ruido á mi alrededor, separo los harapos, miro y... allí está Duus, en medio de la entrada, con la gorra llena de huevos de pájaro bobo, grandes, redondos, blancos. ¡Cómo gritamos y nos alegramos todos! Ya tenemos un gallinero donde no hay más que llegar y llenar. Pero no debíamos pensar únicamente en el día, pues un par de semanas después ya no quedarían más huevos frescos, y era necesario procurarse una pequeña provisión para los meses más próximos. Precisamente aquella región era muy á propósito para conservarlos largo tiempo, sin ninguna preparación especial.

Provistos de baldes rompimos la marcha hacia el campo de batalla. Sin guerra no hay victoria, y recibimos golpes y más golpes, pues los pájaros bobos, aunque son pequeños, dan fuertes picotazos, quedándonos las piernas doloridas al terminar el trabajo del día.

¡Oh! ¡cómo nos despachamos hasta hartarnos! Huevos fritos, huevos hervidos, huevos crudos, huevos en la sopa, en el café, en el té. Yo soy parco por naturaleza, y no pude nunca pasar de veinte cada día, pero sé que uno de los marineros llegó á comerse treinta y seis huevos.

Trepamos al cerro para observar las inmediaciones. Continúa el camino abierto para un buque, pero no vemos nada, ni tampoco vestigio alguno del bote que se marchó hace una semana. Hemos estado y estamos todavía con cuidado por la suerte de nuestros compañeros,

pues tuvieron mal tiempo los primeros días; pero esperamos que ya estarán sanos y salvos en el punto de destino.

Día 10 de noviembre.—Estamos acostados y nos volvemos de uno al otro lado en los sacos, contentos del resultado del día, pues tenemos ya unos seis mil huevos. Resultaba delicioso tener cubiertas nuestras necesidades. ¿Cuántos de mis lectores no sabrán quizás por experiencia lo que significa pasar verdadero frío, estar casi siempre á oscuras y sufrir hambre semana tras semana? Pero crean sinceramente que se experimenta una gran satisfacción, cuando, sin tener que pensar en economías, se puede otra vez comer todo cuanto se quiere.

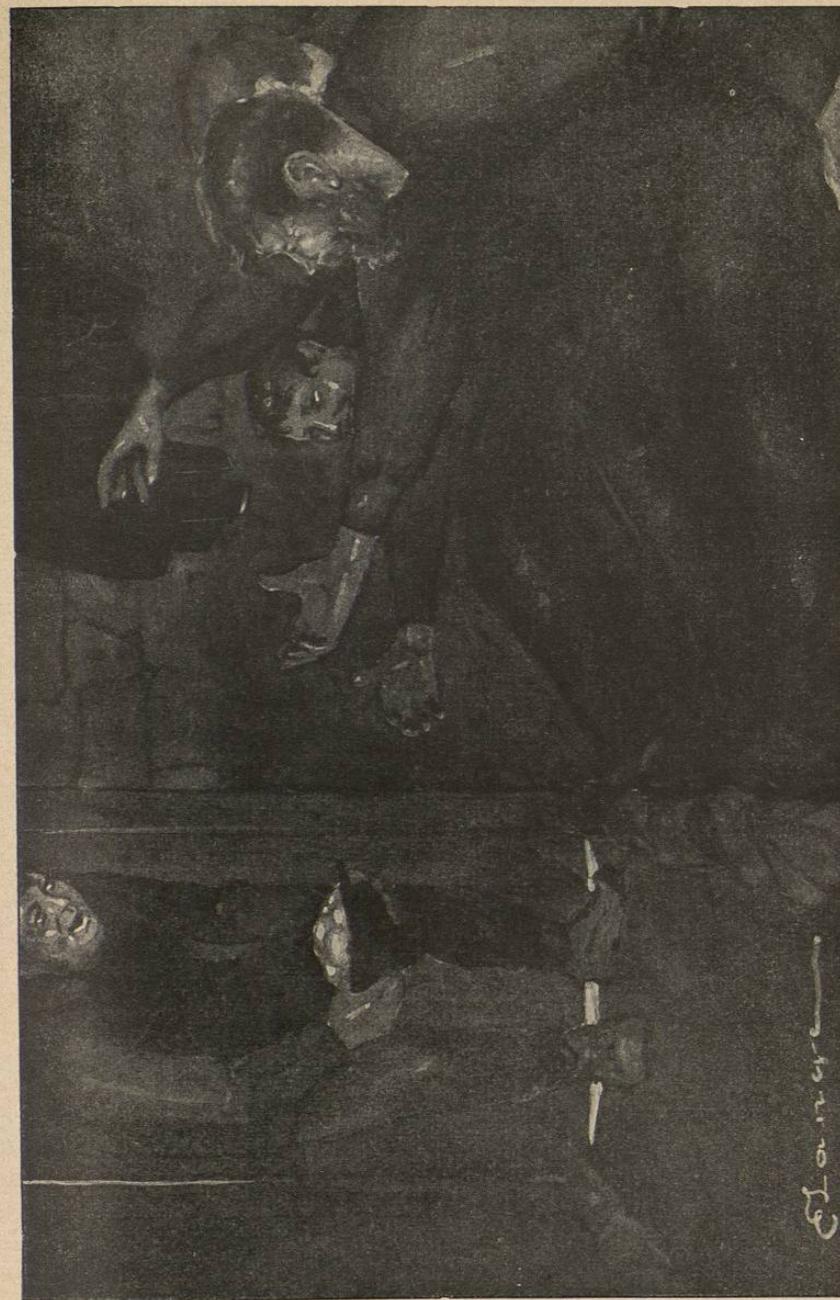
La conversación se refiere esta noche, como otras muchas, al auxilio que pueda llegarnos, y hablamos ahora de ello con toda formalidad. Y de repente tuvo uno, no recuerdo con seguridad quién, una idea curiosa. Nos preguntó: «¿Qué harían ustedes si en medio de la noche llegase un buque y pitase ahí, en el estrecho, sin que nadie lo esperara?» Vaya una pregunta. Seguramente nos volveríamos locos de alegría; pero teníamos tiempo para prepararnos á esperar el barco, pensábamos todos. ¿Quién podría en aquel momento sospechar que aquella misma noche experimentaríamos semejante sorpresa?

Yo no dormí del todo tranquilo aquella noche. Poco antes de las cuatro me levanté y me deslicé hacia la puerta. Reinaba un silencio de muerte allí fuera, el mar estaba como un espejo. Como siempre se dirigieron mis miradas al horizonte, pero nada se veía. ¿Y por qué había de encontrarse allí algo? Suspirando cerré la puerta, me fuí para dentro, me metí en el saco y procuré coger el sueño.

¿Pero qué es lo que pasa? ¡Se oye un sonido... un sonido bien conocido, pero inconcebible en estos parajes! ¡Quiá! debo estar soñando... Se repite una y otra vez... es el barco, no puede ser otra cosa... el barco está aquí! ¡Fuera del saco! Les aplico un par de pellizcos á mis vecinos... ¡pero no oís que está ahí el barco, el barco, el barco! ¡Hurra! un barco, repiten todos con gritos ensordecedores, extendiendo los brazos al aire y despertando con el ruido á todos los pájaros bobos de las cercanías, que empiezan á hacernos coro con sus cacareos. El gato corre espantado por la lóbrega estancia, y pronto salimos todos á la pendiente, á medio vestir y con miedo de mirar. ¡Hurra! ahí está, apenas nos atrevemos á dar crédito á nuestros ojos, pero debe ser verdad, llegaremos á casa, á casa para Navidad. ¡Ah, qué alegría! Plantamos un remo con la bandera amarilla y azul en un montón de nieve junto á la cabaña, he ahí un pedazo de Escandinavia, que pronto se unirá á la patria.

¡Un buque de verdad aquí entre los hielos... nueva sorpresa! ¡De guerra y nacionalidad argentina... es casi incomprensible!

Sin respirar apenas á causa de la impresión, nos estacionamos sobre el hielo de la playa. No me quito los gemelos de los ojos; ya se acerca el primer bote. Por momentos voy distinguiendo mejor á mis compañeros. Allí está Jon, Gunnar, K. A. Andersson... ¿y no es Duse el que se ve á proa? Saltan á tierra, el júbilo es indescripible, las preguntas y respuestas se suceden sin interrupción. Karl Andreas me obsequia con una copita de licor, Bodman con unos terrones de azúcar, Duse me da un pedacito de chocolate y un cigarrillo. Es mi primer banquete.



Los primeros huevos.

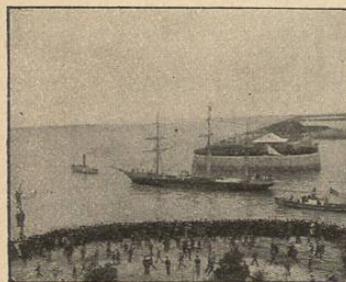
Pronto queda la choza llena de provisiones, se cierra la puerta y transpongo su umbral por última vez.

Estoy por fin embarcado... apenas puedo concebirlo... Lentamente vamos hacia fuera, nos separamos de la isla, cuyo negro picacho se eleva tan amenazador como siempre. No puedo quitar la vista de él. Naturalmente no era para afligirme aquel espectáculo, pero, sin embargo, sentía cierta tristeza y melancolía al ver desaparecer la isla de Paulet tras los hielos, quizá para siempre. ¡Había sido mi casa durante tiempos penosos!

CAPITULO XXXI (*)

Nuestro regreso en el «Uruguay»

Visita á la bahía de la Esperanza.—Expedición de socorro argentina.—Arribo á la isla de los Estados y á Santa Cruz.—Otra vez en el Río de la Plata.



ANTES que de modo irrevocable dejásemos las regiones antárticas, teníamos otro asunto de interés que arreglar. En la estación de invierno de la bahía de la Esperanza guardaba Andersson una importante colección de plantas fósiles y otras muestras geológicas, fruto todo de un largo y penoso trabajo.

Felizmente, la expedición argentina consideró de su incumbencia, no sólo salvarnos á nosotros, sino también todas nuestras colecciones, y en atención á ello atravesaba ahora el «Uruguay» nuevamente el estrecho del «Antártico». Con un tiempo magnífico pasamos á lo largo de la isla Dundée. Una vez más pudimos contemplar esta región, que la fuerza de la costumbre nos había hecho, sinó precisamente amable, cuando menos identificada con una parte de nuestra

(*) Este capítulo y el siguiente están escritos por Nordenskjöld.